

ESCUELA DE REBELDIA

Salvador Seguí

«Escuela de rebeldía» fue publicada por primera vez el 30 de marzo de 1923 (veinte días después del asesinato de su autor) y narra la vida, amores y anhelos de un joven obrero en la Cataluña de las primeras décadas del siglo XX.

En Barcelona, entre 1914 y 1921, el número de obreros asesinados por la patronal ascendió a 523. En un solo día los médicos barceloneses efectuaron 36 autopsias de obreros asesinados.

El 10 de marzo de 1923, el general Primo de Rivera, desde el poder central, estableció la dictadura y prohibió la Confederación Nacional del Trabajo, reprimiéndola ferozmente. Ése es el «ambiente» en el que se desarrolla esta trágica y reveladora novela, donde la muerte tiene el sello de los pistoleros de la extrema derecha, pagados por gran parte de la patronal catalana.

Sin duda, estamos ante una pieza narrativa interesantísima, a la vez que documento esencial sobre una época tan trágica como fascinante, y de necesaria revisión hoy en día.

LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: MENDIZABAL, 42, segundo. Apartado num. 473

Año II

Madrid, 30 Marzo 1923

Núm. 46

Escuela de Rebeldía

(HISTORIA DE UN SINDICALISTA)

por

SALVADOR SEGUÍ

«Noy del Sucre»

Ilustraciones de M. RAMOS



MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.

1923

Salvador Seguí

ESCUELA DE REBELDÍA

La primera edición de esta novela tuvo lugar el 30 de marzo de 1923, veinte días después del asesinato de su autor por orden de la patronal catalana.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

- I. RECUERDOS DE LA INFANCIA
- II. JUAN ANTONIO EN BARCELONA
- III. LA INFLUENCIA DEL AMBIENTE
- IV. EN LA CÁRCEL
- V. LA HISTORIA DE MARÍA ROSA
- VI. LA DESESPERACIÓN
- VII. SURGE EL HOMBRE DE ACCIÓN
- VIII. DESENLACE DEL DRAMA SENTIMENTAL
- IX. JUAN ANTONIO, DEFINITIVAMENTE, UN HOMBRE DE ACCIÓN
- X. LA HUELGA GENERAL
- XI. MUERTE DE JUAN ANTONIO
- ACERCA DEL AUTOR

I. RECUERDOS DE LA INFANCIA

Juan Antonio Pérez Maldonado nació en una pequeña ciudad de Andalucía, situada a la orilla del mar.

Los recuerdos que conservaba de su infancia no eran muy risueños. Murió su madre cuando él acababa de cumplir nueve años, después de una larga enfermedad que la fue consumiendo poco a poco. Su padre, que heredó una gran fortuna, la había gastado alegremente, haciendo una vida de disipación que pronto le llevó a la miseria. Cuando ya se vio en la miseria tuvo que aceptar un modesto destino que le ofreció un canónigo intrigante, que era el jefe de los conservadores de la provincia.

–Mientras le proporcionamos a usted otra cosa –le dijo un día el canónigo–, puede usted venir a despachar mi correspondencia; será usted mi secretario.

Éste fue su primero y su último empleo.

Un día en que Juan Antonio salió a pasear con su padre, encontraron en la calle al canónigo. Aquella escena permanecía fielmente grabada en su memoria; la recordaba con todos sus detalles.

El canónigo, después de acariciarle, dándole un golpecito cariñoso en el hombro, se dirigió a su padre diciendo:

–Y este chico, ¿qué hace? Ya es un hombrecito...

–Está estudiando. Tiene aprobados ya dos años en el Instituto.

–¿Por qué no le ha hecho usted entrar en el Seminario? Si quisiera ser cura, yo le costearía la carrera.

Luego, dirigiéndose a él, añadió:

–¿No te gustaría ser sacerdote?

–No tengo vocación –replicó el chico vivamente.

–¿Y por qué? Yo quiero que me expliques esa antipatía que sientes por la carrera eclesiástica.

–Yo no puedo explicársela. Lo único que puedo decir es que eso de ser cura es una cosa que no se me ha ocurrido nunca.

—Pues piénsalo y es posible que cambies de parecer. Yo creo que tú harías un buen sacerdote.

Aquel día, cuando su padre volvió a casa, le habló nuevamente con interés del mismo asunto.

—No tengo vocación —repitió Juan Antonio, expresándose con mucha más serenidad de la que se podía suponer, teniendo en consideración sus pocos años—; para ser cura, creo yo que es preciso renunciar a muchas cosas; se necesita ver el mundo de un modo distinto a la manera como yo lo veo; yo quiero tener completa libertad para disfrutar de todo.

Al llegar aquí se dio cuenta de que había dicho algo más de lo que debía decir, y se calló, un poco avergonzado.

Su padre le miró, sonriendo.

—Está bien, hijo mío. A mí debes hablarme con toda franqueza; pero ten en cuenta que eso de la libertad es una ilusión; los pobres no pueden gozar nunca de lo que quieren.

—Es que yo —replicó Juan Antonio, animado por el tono cordial de las palabras de su padre— no creo que voy a ser pobre toda mi vida. —Esta afirmación ingenua fue hecha con esa magnífica y arrebatadora energía que hay siempre en los labios juveniles.

—Dios lo quiera —murmuró su padre con los ojos enturbiados por la emoción que le producían aquellas palabras, de las que irradiaban las más risueñas esperanzas.

Juan Antonio no olvidó nunca aquella conversación.

Su padre, desde aquel día, le trataba de otro modo; tenía con él conversaciones largas, en las que le refería episodios interesantes y pintorescos de su vida.

Un día, cuando Juan Antonio acababa de cumplir catorce años, fueron a merendar al campo, y al acabar de comer vio que su padre abría la boca desmesuradamente; que su rostro adquiría una expresión extraña y que se le nublaban los ojos; cayendo pesadamente hacia atrás.

Juan Antonio llamó al dueño de un merendero próximo, y entre los dos trasladaron al enfermo a la casa, donde quedó tendido en un banco, sin que por el momento le prestaran auxilio de ninguna clase, hasta que al cabo de dos horas vino una camilla del hospital, donde ingresó, sin que Juan Antonio supiera nada más hasta el día siguiente.

Aquella tarde, cuando volvió a su casa, después de dejar a su padre en el hospital, se dio cuenta súbitamente de su situación.

—Me voy a quedar solo —pensó, con los ojos llenos de lágrimas—; soy un desgraciado; ¿qué será de mí? No sirvo

para nada; no tengo ningún oficio, no puedo ganarme la vida.

Cuando volvió al hospital, al día siguiente, después de una noche horrible de insomnio en la que no hizo más que revolverse acongojado en el lecho, pudo comprobar su inmensa desgracia: su padre había muerto. Le dieron la noticia sin preparación ni rodeos de ninguna especie: con una frialdad y un laconismo aterradores.

Aquel día fue a verle un viejo pariente suyo con quien su padre estaba reñido por cuestión de intereses. El viejo le pronunció un pequeño discurso, que Juan Antonio escuchó mirándole a través de las lágrimas que empañaban continuamente sus ojos.

—Yo —dijo el tío Raimundo, que así es como le llamaban por ser primo segundo de su padre— puedo ocuparte en mi casa; pero es necesario que trabajes como yo, como trabaja todo el mundo; tu padre quería hacer de ti un señorito; yo quiero que seas un trabajador. Estás solo en el mundo, y lo que necesitas es aprender pronto a ganarte la vida.

—Yo haré lo que usted me mande —dijo Juan Antonio secándose las lágrimas.

El tío Raimundo le colocó de aprendiz en una imprenta, y Juan Antonio aprendió en seguida el oficio.

A los dos años era un buen oficial, y entonces fue cuando decidió emanciparse por completo.

Quería salir de aquel ambiente; huir de aquellos lugares, donde todos eran para él recuerdos dolorosos.

Pensó ir a Madrid, pero un amigo suyo le dijo que adonde debía dirigirse era a Barcelona. En Madrid, según él, no adelantaría nada si no iba provisto de buenas recomendaciones; en Barcelona se respetaba y se atendía más a los trabajadores.

II. JUAN ANTONIO EN BARCELONA

Juan Antonio, siguiendo los consejos de su amigo, se trasladó a la Ciudad Condal.

Durante los primeros meses, la animación, los múltiples aspectos de la vida barcelonesa embargaron casi por completo su espíritu. Quería verlo todo, saborearlo todo; era aquél un mundo nuevo para él, que no conocía más que el silencio y la tristeza árida de su pueblo, en donde todo se reducía a cuatro tabernas lóbregas, tres cafés situados en la calle Mayor y media docena de prostíbulos.

Juan Antonio sentía un ansia infinita de todos aquellos goces que la gran ciudad ofrecía espléndidamente; era la suya una naturaleza exquisita y sensual que necesitaba placeres refinados y violentos. A la mayoría de sus compañeros les gustaba ir al café, donde se emborrachaban

y discutían a gritos; a él, no; él amaba las mujeres; ellas eran las que embargaban toda su atención, las que le dominaban por completo.

Para encontrarle había que ir a La Bombilla, a La Buena Sombra, al Pay-Pay, a cualquiera de esos cafés de camareras, donde se explota la lujuria; verdaderas casas de prostitución disfrazadas, que en Barcelona han adquirido un desarrollo escandaloso.

Allí se pasaba las tardes Juan Antonio, y allí dejaba el jornal, consumiendo además sus energías físicas, que no eran muchas, en brazos de aquellas mujeres; perdiendo lamentablemente su salud, arruinando su espíritu y su cuerpo.

Alguna vez le asaltaban ciertos remordimientos, que procuraba desechar pensando en que la vida es como es, y no como uno quiere que sea.

III. LA INFLUENCIA DEL AMBIENTE

Algunas veces, sin embargo, iba al café Español, donde se reunía con algunos compañeros de los que figuraban al frente del movimiento sindicalista y discutía con ellos, exponiendo sus ideas, sus puntos de vista y sus dudas respecto a la inmediata emancipación del proletariado.

Juan Antonio no creía que el mundo pudiera transformarse de pronto, de una manera milagrosa; era necesaria una labor lenta y difícil, que tardaría mucho tiempo en efectuarse; era preciso, según él, hacer hombres nuevos, menos soberbios, menos egoístas, con un claro concepto de todos los valores humanos.

—Indudablemente —decía Juan Antonio—, hay muchas miserias y muchos dolores, cuya contemplación nos indigna extraordinariamente, y que desearíamos evitar a toda

costa, castigando a quienes los producen con su brutalidad, con su implacable y ciego egoísmo; pero si nos fijamos bien, entre el burgués y el proletario no existe, realmente, una gran diferencia psicológica. Esa literatura sentimental y ramplona que se ha hecho durante mucho tiempo para adular a la multitud, atribuyéndole todas las virtudes, todas las abnegaciones, todos los instintos generosos, a mí no me convence; es más, creo que resulta contraproducente. A los trabajadores hay que decirles la verdad: hay que ponerles de manifiesto su ignorancia; su incapacidad para efectuar esa transformación social con que sueñan; hay que crear la mentalidad comunista, que no existe aún, y para eso es para lo que se necesita un esfuerzo y una perseverancia de la cual carecemos nosotros.

–Tú piensas en el porvenir –le replicaba uno de sus compañeros–; pero, ¿y el presente?

– Pide el reino de Dios –decía Juan Antonio–, y lo demás se te dará como añadidura. Las grandes luchas se promueven por grandes ideales; el presente es la consecuencia del pasado, y en él hay que engendrar el porvenir lanzando a la tierra buena semilla.

Si yo creo en la decadencia del régimen capitalista es porque los burgueses no se mueven más que por impulsos bajos y materialistas.

Juan Antonio no podía sustraerse a la influencia del

medio. Hasta entonces pudo resistir, y permanecía en una actitud pasiva; pero al fin iba a ser arrastrado por el torbellino.

En poco tiempo la organización sindicalista había crecido prodigiosamente. En Barcelona eran 160.000 hombres dentro de los sindicatos; una masa imponente que podía echarlo todo a rodar si estuviera bien disciplinada. A la burguesía le daba miedo, y los políticos comenzaban a preocuparse ante aquella organización que tenía un aspecto formidable. Era preciso destruirla de cualquier manera, apelando a toda clase de procedimientos.

El líder del partido catalanista, hombre ambicioso y positivista, quiso ver si era posible aprovechar aquella gran fuerza para el desarrollo de sus planes; pero bien pronto se convencieron de que aquello era irrealizable. Los anarquistas rechazaron desde el primer momento todas las insinuaciones. Si los trabajadores hacían una revolución no sería en un sentido nacionalista. El tema dio lugar a muchas discusiones; los catalanistas no se atrevieron a levantar la voz, y el maquiavélico plan fracasó completamente.

Desde este momento ya no se pensó más que en destruir aquella gran organización proletaria; todo lo que se hiciera contra ella sería aprobado por los políticos catalanes, que contaban con el apoyo de una burguesía inculta y egoísta.

A Juan Antonio le nombraron delegado de taller, y sostuvo

serias y agrias discusiones con el patrono, que estaba acostumbrado a tratar a los trabajadores despóticamente.

—Ésta es mi casa —decía el dueño de la imprenta desentendiéndose de las observaciones que se permitía hacerle el nuevo delegado con respecto al orden y distribución del trabajo—, ésta es mi casa, y en mi casa hago yo lo que me da la gana.

—No, señor —replicó Juan Antonio—, está usted en un error: usted confunde el taller con su domicilio; allí puede usted hacer lo que le plazca sin contar con otro dictado que el de su conciencia; aquí, no; aquí es preciso contar con nosotros, que no somos sus criados, sino sus colaboradores.

—Ése será el criterio de usted —decía el patrono, lanzando sobre él una mirada de desprecio—, pero yo tengo otro muy distinto.

Al fin surgió una cuestión grave. En la imprenta admitieron un aprendiz que era una pobre criatura endeble; uno de esos chicos que se hallan en condiciones de entrar en un sanatorio y no en un taller.

Este chico era hijo de una pobre viuda emparentada con el patrono.

Aquella criatura, triste y delicada, inspiraba a todos la más profunda compasión.

En el taller trabajaba un viejo cajista, llamado Antonio Luna, que no podía ver al muchacho sin prorrumpir en las más violentas y terribles exclamaciones.

—Somos unos miserables —decía el viejo Luna—; nosotros no debemos tolerar que esta criatura esté aquí trabajando.

—Es que si no está aquí —replicaba Juan Antonio— estará en otra parte, donde puede ser que le traten peor.

—Sí, es posible; pero yo no tendré que acusarme de haber visto sin protestar una infamia de esta clase.

Luna era un hombre bueno que no sabía contenerse ante ninguna injusticia; ante ningún abuso que se efectuara en su presencia. Esto le había acarreado muchos disgustos; pero no tenía enmienda; así era y así tenía que morir, como decía él sonriendo cuando algún compañero le quería hacer comprender la inutilidad de sus exclamaciones, que se perdían en el vacío, sin remediar nada de aquello que producía su indignación.

Luna y Juan Antonio vivían en la misma casa; eran íntimos amigos y se contaban mutuamente sus alegrías y sus desdichas; había entre ellos una verdadera relación fraternal.

—Tú no debes tolerar eso —dijo Luna a Juan Antonio una noche a la salida del taller—; es preciso que en nombre de

todos le plantees la cuestión a ese bandido; nosotros no podemos tolerar que esa pobre criatura continúe en el taller. ¿Es qué no te da pena verle? Además, tú hablas por nosotros... Y si tú no lo haces lo haré yo.

Al día siguiente recordó Luna a Juan Antonio lo acordado, y éste se decidió al fin a plantear la cuestión.

Ya iba a entrar en el despacho, cuando el patrono penetró en el taller.

–¡Quería hablar con usted! –dijo Juan Antonio.

–Pues hable aquí mismo –replicó el interpelado–, a no ser que sea un secreto lo que tenga usted que decirme.

Juan Antonio manifestó el deseo de sus compañeros, a quienes causaba muy mal efecto la presencia de aquella criatura enferma en el taller; así creyó disculpar la pequeña rebelión.

Cuando Juan Antonio acabó su discurso, el patrono se le quedó mirando de arriba abajo, y luego dijo, acentuando sus palabras con una sonrisita burlona:

–Veo que tienen ustedes muy buen corazón; pero el camino no es ese: yo no admito imposiciones ni lecciones de nadie... El chico continuará aquí mientras yo crea que debe continuar.

Juan Antonio se cayó; había visto en los ojos de aquel hombre la firme resolución de no ceder, y él no quería agravar las cosas conociendo su responsabilidad.

Pero no contaba con el amigo Luna, que, viendo su silencio, intervino en la conversación.

—¿Por qué te callas? —dijo Luna—. Ya sabes lo que hemos acordado.

—¿Y qué es lo que han acordado? —preguntó el patrono—. Díganlo sin rodeos.

—Pues hemos acordado pedir a usted que despida al aprendiz, y si no lo hace, despedirnos nosotros.

—Pues dense ustedes por despedidos, y ya que tienen un alma tan generosa, encárguense de educar y mantener a este chico; porque su madre es una pobre viuda que les agradecerá mucho esa nobilísima acción.

—Nosotros estamos dispuestos a eso —replicó Luna airadamente—, porque tenemos un corazón más noble y más generoso que el de usted.

La discusión adquirió pronto un carácter violento. Surgieron las palabras malsonantes, los insultos intolerables y, por último, pasaron a vías de hecho.

El patrono dio una bofetada al viejo Luna, y éste se

abalanzó sobre él, hiriéndole en la cara con el componedor.

Juan Antonio se metió entre ellos para separarlos; pero el patrono, creyendo que iba también a atacarle, sacó una pistola y disparó sobre él sin hacer blanco.

Entonces intervinieron los demás, logrando desarmarle.

Al ruido de la detonación entraron en el taller algunos transeúntes.

El patrono daba unos gritos furibundos.

– ¡Que vengan los guardias! ¡Que se lleven de aquí a estos canallas, que me han querido asesinar!...

Todos fueron detenidos; los guardias los maniataron, aunque no ofrecían ninguna resistencia a ser conducidos a la Delegación.

De la Delegación pasaron a los calabozos del Juzgado. El patrono volvió a decir ante el juez que le habían querido asesinar, y Luna y Juan Antonio pasaron del Juzgado a la cárcel, quedando los demás compañeros en libertad.

IV. EN LA CÁRCEL

Los primeros días que pasó Juan Antonio en la cárcel ejercieron en su espíritu una profunda y desastrosa impresión.

Cuando se vio solo en la celda vino a su memoria aquel día, ya lejano, en que volvió solo a su casa dejando a su padre en el hospital; le acometió el mismo desconsuelo, la misma congoja, el mismo desaliento.

—El mundo —pensó— no es más que una jaula de fieras, pudiendo ser un paraíso. ¿Cuál es la actitud, cuál es la palabra que hay que pronunciar para entenderse con los hombres, para desarmarlos, para despertar en ellos las buenas intenciones, la nobleza, la abnegación, la generosidad? Yo no creo que la justicia haya de triunfar por la fuerza; esto es un contrasentido; el amor a la justicia

representa un estado de conciencia al cual no se puede llegar por la violencia; la justicia, impuesta de ese modo, tendrá siempre un carácter de arbitrariedad.

—Los malos instintos —se decía replicándose a sí mismo— son también humanos; por eso tal vez el hombre se halla incapacitado para colocarse en el terreno de la justicia; en esa posición en que quería colocarse Federico Nietzsche, por encima del bien y del mal. Tampoco puedo yo determinar claramente lo que es el mal y lo que es el bien; yo soy un ignorante; no sé nada de nada...

En su cerebro danzaban mil ideas contradictorias; se fatigaba inútilmente buscando la salida de aquel laberinto; le invadía como un gran cansancio espiritual; la actividad de su pensamiento iba disminuyendo poco a poco, hasta que el sueño cerraba piadosamente sus ojos.

Al despertar se daba cuenta otra vez de su situación, y miraba las sombrías paredes de su encierro, diciendo: «Mi cerebro también es un calabozo como éste, en el que está encadenada mi razón.»

Al tercer día le llamaron para que declarase nuevamente.

El juez le hizo un breve interrogatorio y se marchó sin que Juan Antonio pudiera concebir la más pequeña esperanza respecto a su libertad.

Algunos amigos fueron a verle en los días de comunicación. También recibió la visita de un abogado que se prestó a defenderle, asegurándole que no tardaría mucho en salir de allí.

Una tarde, poco antes de la hora del rancho, le llamaron para comunicar.

Aquella comunicación extraordinaria le sorprendió. En el locutorio le esperaban una mujer y un hombre. A la mujer la reconoció inmediatamente; al hombre, no.

Ella era María Rosa, una camarera de La Bombilla, a quien él le había hecho seriamente el amor; sus modales discretos, su elegancia natural, su aire delicado y aristocrático, llamaron poderosamente desde el primer día su atención; aquella mujer no era como las otras que se agitaban en el mismo ambiente; era más discreta, más graciosa, más espiritual.

—¿Tú no esperabas mi visita? —dijo ella sonriendo cuando le vio aparecer.

—No la esperaba —murmuró él con voz velada por la emoción.

—Pues sí; he venido a verte aprovechando la influencia de este señor —añadió volviendo la cara hacia el hombre que la acompañaba—; este caballero es periodista, y ha conseguido

que nos den una comunicación extraordinaria; yo no quería venir a la hora en que viene todo el mundo; habría venido a esa hora si no se me hubiese presentado esta facilidad.

María Rosa presentó al periodista, que intervino entonces en la conversación diciendo que él estaba dispuesto a retirarse para que ellos hablasen con entera libertad.

—No, no se marche usted —dijo ella interrumpiéndole—, no tenemos ningún secreto que comunicarnos; este señor no es mi amante, como usted se figura; eso sería una desgracia para él; entre nosotros no hay más que una buena relación de amistad.

—Pues es éste un caso muy interesante —dijo el periodista sonriendo.

—Sí, señor; porque ha de saber usted que el único inconveniente que yo veo para que Juan Antonio y yo podamos entendernos es que él me quiere demasiado; si me quisiera menos yo me habría dejado seducir; pero a mí los cariños muy grandes me dan miedo; por eso nuestras relaciones no pasan de la esfera de una buena amistad.

María Rosa volvió varias veces, y en sus entrevistas procuraba que la conversación no llegase al terreno de las revelaciones íntimas.

—Yo —decía sonriendo— vengo a distraerte un poco; cuando salgas de aquí hablaremos de otro modo.

Aquellas visitas hicieron concebir a Juan Antonio ciertas esperanzas; ya no se veía tan solo; aquella mujer era una especie de tabla de salvación en su naufragio espiritual. No obstante, continuaba viendo el mundo de modo pesimista.

V. LA HISTORIA DE MARÍA ROSA

Cuando salió Juan Antonio de la cárcel fue a ver en seguida a María Rosa.

Estaba decidido a unirse a ella, quería sacarla de aquel ambiente; pero ella continuaba resistiendo.

—A ti —decía María Rosa— no te conviene mi cariño; yo estoy muy delicada, muy enferma, y no puedo hacerte feliz; si me quieres realmente como dices, yo no seré para ti más que un martirio. Estoy convencida de que ya no puede enderezarse el rumbo de mi existencia, que durará muy poco; por eso lo que quiero es vivir muy aprisa para llegar pronto al fin; deseo gastar alegremente la poca energía que me queda.

Una noche, al salir del café, se fueron a cenar a La Gran Peña, que es un pequeño restaurante situado en el Paralelo,

esquina a la calle de Salvat. Querían estar solos y se metieron en un reservado.

—Me has dicho algunas veces que te cuente mi historia —dijo ella cuando habían acabado de cenar.

—Lo que a ti te interesa de esa historia —añadió— ahora lo vas a saber: A mí me sedujo un hombre que desde el primer momento ejerció sobre mí una influencia irresistible; a ese hombre yo no le he querido nunca; pero me dominaba; junto a él sentía una especie de terror inexplicable; una emoción que no he sabido nunca comprender.

Aquel hombre se burló de mí despiadadamente; yo me hallaba ante él como un corderillo ante un lobo hambriento; tenía la convicción de que me iba a devorar. No olvidaré nunca su sonrisa burlona ante mis lágrimas cuando acababa de entregarme a él; cuando mi corazón palpitaba violentamente junto a su pecho; cuando mis ojos suplicaban a los suyos una sola mirada de amor...

—Y si ese hombre volviera a presentarse en tu camino —dijo Juan Antonio interrumpiéndola— tú volverías a ser suya; porque le temes; porque te sigue dominando aún.

—No lo creas —replicó ella con una exaltación furiosa en la que se traducía al mismo tiempo el terror y la indignación—; le odio con todas las fuerzas de mi alma; quisiera verle en la horca; si me dijeran que le habían asesinado me pondría a

bailar de alegría; aunque le quemaran vivo, a fuego lento, yo no quedaría satisfecha.

—Esa ofuscación que te produce ese recuerdo es una prueba en favor de lo que yo digo; tú lo que quisieras es verle sufrir, sufrir por ti; que te pagara el cariño que le has tenido... No se habla de ese modo, con esa violencia, de las personas que nos son indiferentes.

—Ya te he dicho que le odio —repetía ella con la voz rota y sollozante, ocultando el rostro entre sus manos delicadas y aristocráticas; hundiendo sus dedos en los negros rizos que caían sobre sus pálidas mejillas, por las que corrían silenciosamente las lágrimas.

Entonces él se puso a acariciarla dulcemente, alisando con mano temblorosa su cabellera en desorden y murmurando a su oído palabras sentimentales y amorosas.

—Es que yo quisiera que no hubiese en tu pasado ninguna sombra. Nosotros debíamos habernos conocido antes.

Al llegar a este punto se hizo un silencio largo y doloroso; era aquél el momento trágico en que aquellas dos almas se encaraban con el destino. Los dos eran jóvenes y se veían agotados y deshechos; gastaron sus alientos juveniles de un modo estéril, como quien derrama un pequeño frasco de perfume sobre un estercolero.

—No seas tonta —dijo él rompiendo aquel trágico silencio—, no te pongas así; tú puedes ser feliz y yo también; no debemos cerrar los ojos a la esperanza. Por lo mismo que tú y yo somos dos desgraciados, podemos entendernos mejor. Yo no veo ningún obstáculo serio que se oponga a nuestra felicidad.

Así terminó el primer acto de aquella tragedia sentimental.

VI. LA DESESPERACIÓN

Al fin decidieron vivir juntos.

Entonces comenzó para Juan Antonio la parte más dolorosa de su vida.

Como no tenían dinero, como él no contaba con más recursos que su jornal, tuvieron que alquilar una modestísima habitación amueblada en la calle de Robador, por la cual pagaban tres pesetas diarias.

De los once duros y una peseta que ganaba él, cada semana había que desquitar para la casa veintiuna pesetas. No les quedaba para comer y vestirse más que siete duros; de esos siete duros tenían que salir también los pequeños gastos del café y el tabaco, que sumaban por lo menos siete pesetas semanales.

Pero lo peor no era la falta de recursos: es que ella se aburría enormemente encerrada durante todo el día en aquel estrecho zaquizamí.

Después de cenar salían juntos a dar una vuelta, y esto acababa de desequilibrar el presupuesto.

—No es posible continuar en esta miseria —decía ella suspirando—; con lo que tú ganas no podemos vivir.

—Es verdad —decía él—, trabajando honradamente no se puede vivir.

Entonces Juan Antonio comprendía la razón de los que deseaban acabar inmediatamente con el régimen capitalista, de los que creían que había llegado el momento de la revolución social.

Así pasó un invierno, durante el cual ella, que estaba muy delicada del pecho, empeoró notablemente. Tenía fiebre cada día, y su respiración era difícil. Se cansaba mucho y tosía continuamente. Además, se hallaba encinta y le faltaban uno o dos meses para dar a luz. Juan Antonio vivía en un perpetuo martirio; a veces se quedaba como extasiado, ajeno a todo lo que le rodeaba. Se volvió hosco y taciturno, le acometían congojas insopportables, hasta el punto de ponerse a llorar como una criatura; iba por las calles lo mismo que un sonámbulo: abstraído, devorando su desesperación.

Alguna vez observó que le miraba la gente al pasar. Entonces se daba cuenta de que iba hablando solo en voz alta.

A estos períodos de profundo abatimiento sucedían otros de violenta exaltación.

VII. SURGE EL HOMBRE DE ACCIÓN

Un día se le ocurrió redactar una especie de proclama en la que manifestaba su convicción de que los trabajadores no conseguirían nada sin apelar a la violencia.

«Nosotros –decía– somos partidarios de la libertad, pero antes que la libertad es la justicia; la libertad vendrá luego, cuando los hombres se acostumbren a obrar bien; cuando hayamos acabado con la avaricia, con el egoísmo que todo lo corrompe, que todo lo envilece y lo ensucia... Los que defienden el actual estado de cosas dicen que si se suprime el estímulo de la concurrencia individual, de la ganancia que el hombre puede obtener luchando con los demás, fracasará la civilización. Nosotros no creemos en esa teoría pesimista; las grandes obras de arte, los grandes descubrimientos científicos no se han producido nunca con esa emulación. Pero aunque así fuera, ningún hombre que

sea hombre, que sienta amor a sus semejantes dejaría de sacrificar una obra de arte si sabía que ese sacrificio iba a evitar el dolor y la desgracia de los que le rodean...»

La proclama, que era bastante extensa, fue publicada por un grupo de compañeros, y todos la aplaudieron.

Desde aquel día sus amigos le miraban de otro modo; muchos venían a felicitarle; sin que esto produjese en él ningún síntoma de satisfacción personal.

—Yo —decía respondiendo a los camaradas que se le acercaban— no tengo ningún talento; soy un hombre que ha venido al mundo para arrastrar una vida miserable, como la mayoría de vosotros. He gastado estúpidamente mis mejores energías, y ahora que me encuentro agotado y deshecho es cuando me doy cuenta de que pude aprovecharlas en una labor más útil, en beneficio mío y en el de todos los que viven mal, teniendo derecho a vivir bien. Pero la vida es así; no tenemos tiempo de arrepentirnos; por eso hay que ir despacio y obrar como si cada una de nuestras acciones fuera la última. Esto es lo que dice Epicteto; pero ¿cómo evitar que la mariposa se queme las alas? Las mejores cosas son las últimas que se aprenden. Cuando el hombre se halla en la plenitud de su fuerza, cuando dispone de sus mayores energías, le falta experiencia y cae en el lazo que le tienden las pasiones, a las que no sabe resistir. Luego, al fin de esa carrera desenfrenada, es cuando sabe lo que debió saber antes;

pero ya es inútil, ya no hay manera de volver atrás. Por eso creo yo que si queremos hacer algo es preciso educar bien a los hombres cuando empiezan a vivir; si nos apoderamos de las escuelas, nos apoderaremos en seguida de la sociedad.

Esta labor de enseñanza no quiere decir que hemos de olvidarnos de nuestros propios dolores, de la miseria que sufrimos; las injusticias de hoy es hoy cuando hay que remediarlas, y debemos remediarlas nosotros; las de mañana las remediarán nuestros hijos, si procuramos que sean hombres fuertes de cuerpo y de alma; por eso nuestra labor es más ruda, y yo no sé si somos o no capaces de realizarla.

–Tú hablas bien –le dijo un día un compañero que había escuchado algunas de sus disertaciones–, pero dices las cosas en un tono, con un aire tan desmayado que no puedes provocar en los que te escuchan el menor entusiasmo.

–No puedo hablar de otro modo –replicó Juan Antonio–; tú no sabes cómo es mi vida; tú no tienes idea de mi martirio.

–¿Estás enfermo?

–Sí, estoy enfermo; pero no es mi enfermedad lo que me entristece. En mi casa hay alguien más enfermo que yo, y no puedo darle lo que necesita. Allí sufre una pobre mujer que

se consume poco a poco, que no tiene remedio, y tú no sabes cuál es mi desesperación al ver que se va con ella la más risueña esperanza de mi vida...

—Yo he presumido siempre de ser un estoico —añadió después de un largo silencio—; pero soy un hombre débil, incapaz de afrontar con serenidad esta catástrofe que me amenaza. Comprendo que el hombre no debe entregarse estúpidamente al dolor; pero todos mis razonamientos son inútiles. Además, tú no tienes idea de lo que es esa agonía larga y transparente de los tuberculosos; tú no has visto cómo se clavan en ti sus ojos febriles; tú no has escuchado su respiración jadeante, no has visto cómo se asfixian poco a poco, cómo piden aire con las manos crispadas por el terror que les inspira la muerte que ellos ven llegar...

—Y no es sólo eso; para que mi desdicha sea mayor, la infeliz está encinta y a punto ya de dar a luz. El médico me ha dicho ayer que está muy mal, pero no tanto como yo me figuro; que podrá resistir el parto si no se presenta ninguna nueva complicación... También me ha dicho que debía irme con ella al campo y darle buenos alimentos: carne cruda, huevos y vino de Jerez..., una tontería; un tratamiento para el cual es necesario ser un capitalista...

—Todo eso —dijo el compañero que le había escuchado sin hacer hasta entonces ninguna interrupción— es realmente doloroso, pero no te debes desesperar. Yo te reuniré lo necesario para que tu compañera vaya al campo una

temporada; pero tú no puedes acompañarla; tú, en estos momentos, debes estar aquí; tú tienes ya mucho prestigio dentro de la organización y andamos muy escasos de hombres inteligentes; mañana se celebra, como sabes, la asamblea secreta, en la que se ha de decidir si hemos de admitir la colaboración de los elementos políticos de izquierda en ese movimiento revolucionario que se está organizando para derribar el régimen.

VIII. DESENLACE DEL DRAMA SENTIMENTAL

Llegó por fin la primavera, la divina estación, con sus nubes ligeras, con sus bruscas oscilaciones, con sus días largos, en los que hay horas tristes de lluvia y horas claras y alegres de sol.

Juan Antonio quiso que María Rosa saliera a respirar el aire.

—Ya verás —decía animándola—, ya verás cómo la primavera te devuelve la salud.

Ella le oía clavando en él sus ojos profundos, iluminados por la fiebre, en los que se pintaba el más amargo desaliento, la más dolorosa resignación.

—Tú te haces ilusiones —decía con voz apagada—, yo no puedo dar un paso, yo no puedo tenerme en pie.

Juan Antonio veía aproximarse el desenlace, que no se hizo esperar. María Rosa murió dos días después de dar a luz un niño que sólo pudo vivir cuatro horas. Expiró en sus brazos al amanecer, cuando se ahuyentaban las sombras nocturnas, cuando empezaba a clarear, en esa hora azul en que lucha la luz con las tinieblas.

Las últimas palabras de aquella desgraciada fueron dulces y serenas como una oración.

–No te desesperes –le dijo clavando en él sus ojos azules, en los que se reflejaba una especie de alegría inexplicable–, yo estoy tranquila; no me asusta la muerte, la deseo, porque con ella va a terminar esta vida miserable. Además, me alegra por ti; así acabará esta pesadilla que sufres y podrás ser libre, volar como un pájaro; ya te lo dije el primer día, y como ves, mis presentimientos se han cumplido: no me engañaba el corazón.

Juan Antonio la oía en silencio. Aquella serenidad, aquel profundo convencimiento que revelaban sus palabras hicieron que se calmaran un poco los angustiosos latidos de su corazón.

Ella prosiguió después de una pausa larga, haciendo un supremo esfuerzo para respirar.

–Juan Antonio, tú tienes un alma buena y generosa; yo no he conocido a nadie en este mundo que sea mejor que tú...

Éstas fueron sus últimas palabras.

Juan Antonio estampó en sus labios secos y exangües un beso largo, frenético, apasionado, en el que puso toda su alma, rebosante de amor y de piedad.

Luego le invadió una profunda agitación; se puso a pasear como un loco por la alcoba; le temblaban las piernas y las manos; un sudor frío inundó su frente, y cayó desvanecido en medio de la habitación.

Cuando le pasó aquel ligero desvanecimiento vio que estaba tendido en un lecho que no era el suyo.

A un lado estaba el viejo Luna, su compañero y amigo íntimo, a quien él profesaba un cariño fraternal.

—¿Qué es eso? dijo Luna mirándole—. ¿Tú también te quieres morir?

—Yo estoy muerto hace ya mucho tiempo —replicó Juan Antonio incorporándose—, soy uno de los muchos muertos que andan por el mundo buscando su sepultura, que no saben a punto fijo dónde está.

—Pues no te apures, que ya darás con ella.

IX. JUAN ANTONIO QUEDA DEFINITIVAMENTE CONVERTIDO EN UN HOMBRE DE ACCIÓN

Pasaron algunos días.

Juan Antonio se iba reanimando: ya no experimentaba aquel agobio, aquella laxitud, aquel sombrío abatimiento que embargó su espíritu en los primeros momentos. Entonces cambió bruscamente su manera de proceder. Su carácter, no obstante, era el mismo; no sufrió ninguna transformación esencial; él era un romántico, uno de esos hombres que alimentan inconscientemente con el soplo de la fantasía la llama del dolor. Esta clase de hombres pasan con frecuencia del mayor decaimiento, de la más perezosa actitud a una actividad frenética, desenfrenada, en la que aparecen las mayores audacias. Se produce en ellos una especie de excitación que trae al primer plano de la conciencia todo lo que fue quedando en último término,

todo lo que dejó una huella más o menos profunda en el espíritu, todo lo que fue formando el caudal de su vida interior. Las emociones pretéritas se reaniman, las imágenes lejanas vuelven a presentarse claramente delineadas, el pensamiento se hace en ellos ligero y fácil, discurren con rapidez y obran con una precisión y una seguridad sorprendentes.

Juan Antonio pasaba por uno de esos períodos de excitación y lucidez.

Volvió a frecuentar la tertulia del café Español y otros lugares donde se reunían los sindicalistas. Se le veía en todas partes y hablaba con un calor, con una energía que nadie pudo antes sospechar en él. Pronunciaba discursos vehementes, su voz era cálida, persuasiva, insinuante; iba al fondo de la cuestión sin divagaciones inútiles, sin circunloquios de ninguna especie, hablaba con una claridad y una elocuencia que no admitían réplica.

—No te reconozco, chico —le decía Luna al salir de una asamblea en la que Juan Antonio acababa de lograr un verdadero triunfo—; tú no eres aquel hombre triste y apocado que hablaba siempre en un tono de desilusión incapaz de despertar el menor entusiasmo. Has cambiado completamente.

—No lo creas —le dijo Juan Antonio tomándole por el brazo y hablando en tono confidencial—, ahora estoy más

desesperado, más triste que antes: pero esta gran tristeza, esta gran desilusión que llevo dentro es cosa mía y la guardo para mí. Nuestros pesares y nuestras desdichas, nuestras amarguras no deben servir para entristecer a los demás; cada uno debe soportar su cruz y recorrer silenciosamente su calvario.

—Pero ¿tú no sientes lo que dices?

—Lo único que puedo decirte es que no soy el mismo que era antes; ahora veo claramente algunas cosas que antes aparecían un poco veladas a mis ojos, ahora pienso que nuestra vida no vale nada si no procuramos ennoblecerla con buenas acciones; es preciso luchar, luchar hasta el último momento, porque la vida no es más que eso: una lucha constante, una batalla en la que no hay más remedio que sucumbir; pero es preciso sucumbir gloriosamente.

—No te entiendo.

—Yo tampoco me entiendo a mí mismo. Tú me has visto antes abatido, sin aliento para llevar a cabo la empresa más insignificante; pues bien, ahora te juro que me siento capaz de todo.

—Estás desesperado...

—No lo sé... De la desesperación surgen a veces las mayores esperanzas.

Luna le oía con asombro.

Aquel día los obreros acordaron admitir al movimiento revolucionario a los elementos políticos. Luna no era partidario de esta resolución.

Juan Antonio fue quien decidió la partida con sus palabras, que revelaban el mayor entusiasmo.

Al salir de la asamblea, Luna le interrogó:

–¿Tú crees que todo eso resultará bien?

–Yo –replicó Juan Antonio– no sé lo que resultará, pero el resultado me es indiferente. ¿Tú no esperas ningún milagro, verdad? Pues yo tampoco; pero es preciso que la gente luche, porque el que no lucha no vive: el agua encharcada se corrompe; es preciso que corra, que forme arroyos y ríos; el río es una cosa viva, la laguna es una cosa muerta. Las ideas, como la sangre, han de estar siempre en circulación.

–Eres un filósofo –dijo Luna riendo.

–Soy un hombre que dice lo que se le ocurre; es preciso pensar en voz alta, dar todo lo que se tiene y hacer todo lo que se puede; ésta es, a mi juicio, la única manera de vivir con relativa tranquilidad.

Se separaron sin decir nada más.

Todo estaba ya dispuesto. Al día siguiente se iba a producir la huelga general.

X. LA HUELGA GENERAL

Hacía ya cuatro días que la ciudad se hallaba en estado de sitio por haberse producido la huelga general.

Fue un movimiento muy bien preparado, que se produjo de un modo teatral.

Durante la mañana del día en que estalló la huelga, no se advirtió en la población nada extraordinario. Se abrieron los talleres como todos los días, y los obreros entraron al trabajo.

A las once se comunicó la orden a los delegados para que el trabajo se suspendiera a las doce en punto, y así fue; al mediodía todo quedó paralizado.

Desaparecieron de la vía pública los coches de punto, los automóviles de alquiler, los carros, los camiones de

transporte; también quedaron sin movimiento los tranvías, abandonados en las calles, sin que fuese posible llevarlos a las cocheras porque se habían paralizado también los motores de la fábrica de electricidad que suministraba el fluido que necesitaban para moverse.

Aquellos coches vacíos e inertes daban al transeúnte una idea clara de la importancia de la huelga; algunos curiosos se paraban formando grupos, otros marchaban de prisa, como atemorizados, pensando en que aquello tendría, indudablemente, las peores consecuencias; ellos no recordaban nada semejante.

A las dos de la tarde la circulación había disminuido más del 70 por 100; la gente tenía miedo, nadie sabía lo que iba a suceder, pero en el espacio flotaba un aire de tragedia.

A las cuatro de la tarde unos soldados iban pegando por las calles el bando en que se anunciaba que la ciudad había quedado bajo la jurisdicción militar.

Al anochecer salieron las tropas de los cuarteles y se fueron distribuyendo estratégicamente. Se prohibió el paso por el centro de la plaza de Cataluña, donde fueron llevadas dos piezas de artillería y varias ametralladoras. Para ir desde la rambla de Canaletas al paseo de Gracia era preciso caminar por las aceras entre un cordón de soldados. Allí se había establecido una especie de cuartel general.

Otro grupo considerable de fuerzas se estableció al final del paseo de Gracia, en el cruce con la Gran Vía Diagonal.

También fueron tomadas militarmente las rondas de San Pablo y de San Antonio. Las cochertas de los tranvías se convirtieron en cuarteles; en el Paralelo se colocaron dos cañones Schneider, frente al teatro Victoria.

Todas estas precauciones, todo este gran alarde de fuerza contribuyeron eficazmente a aumentar el pánico de los ciudadanos.

La población quedó como muerta.

Por las calles más céntricas no transitaba nadie, y en muchas casas se cerraron las puertas mucho antes del anochecer.

Cuando anocheció, el cuadro fue aún más imponente, porque faltó la luz del alumbrado público en algunos barrios. Los ingenieros militares no pudieron hacer funcionar más que unas cuantas dinamos. Tampoco contaban con personal para hacer funcionar los conmutadores en las calles.

Así transcurrió el primer día de huelga.

Al día siguiente se dijo que habían muerto electrocutados un capitán y tres soldados de Ingenieros al hacer ciertas manipulaciones en una fábrica de electricidad. También se

dijo que los huelguistas ofrecieron seria resistencia en la calle Mayor, de Gracia; los revoltosos dispararon sobre la tropa desde las ventanas del Casino Republicano, matando al capitán que mandaba las fuerzas e hiriendo a muchos soldados.

En Sants también los paisanos se habían batido con la tropa después de volcar un tranvía e incendiar otro.

Aquella mañana se formaron algunas barricadas en las calles de la Cadena, en la de San Jerónimo, en la de San Pablo, en la Riereta y en la de San Rafael. En este barrio establecieron su cuartel general los más decididos, los que estaban dispuestos a batirse con las escasas y pequeñas armas que tenían a su disposición.

Algunas de estas barricadas fueron destruidas a cañonazos cuando ya no había nadie que las defendiera.

Los pequeños burgueses que forman el somatén salieron a la calle armados con fusiles y tercerolas. Esto dio lugar a muchos incidentes, algunos de ellos bastante cómicos. Los somatenistas iban muy serios, sin mirar a nadie; a muchos se les notaba en la cara el miedo que tenían; algunas mujeres del pueblo fueron detenidas por insultarles.

En el paseo de Gracia ocurrió una escena muy original.

Dos somatenistas dieron el alto, a las diez de la noche, a

un señor que marchaba solo por la acera. El hombre se detuvo, y los del somatén se acercaron, ordenándole que levantara los brazos.

-¿Qué van ustedes a hacer? -dijo el detenido.

-Vamos a cachearle.

-A mí no me cachean ustedes. Si quieren pueden detenerme, pero cachearme, no. Llévenme adonde haya militares; a ellos les diré quién soy, y ellos, si quieren, podrán registrarme.

Los somatenistas quedaron algo confusos ante la energía y el tono con que se expresaba aquel hombre.

-Bueno -dijo uno de ellos-, eche a andar delante de nosotros, que vamos a llevarle adonde hay militares.

Se dirigieron a la plaza de Cataluña, y allí los del somatén explicaron a un oficial lo sucedido.

-¿Por qué no se ha dejado cachear por estos señores? -preguntó el oficial.

-No me he dejado cachear porque estos hombres no me inspiran confianza; los conozco muy bien; son tenderos, y no me fío... Yo no puedo permitir que esta clase de ciudadanos metan las manos en mis bolsillos -añadió acentuando irónicamente sus palabras.

—Está usted insultando a estos señores —dijo el oficial, a quien tal vez no le pareció desprovista de fundamento la actitud del detenido.

—También ellos me han insultado a mí; también me han ofendido tratándome groseramente. Yo no tengo facha de ser un criminal. Soy el doctor Bernet —añadió mostrando la cédula personal y una de sus tarjetas—, no me meto con nadie y vivo de mi profesión honradamente. Si creen que deben querellarse contra mí, pueden hacerlo; yo he hablado de ellos como tenderos y no como dependientes de la autoridad. Además, ellos no me han demostrado que lo fueran.

El oficial dijo: «Bueno, basta de explicaciones; usted queda aquí detenido.» Luego, dirigiéndose a los del somatén, añadió: «Ustedes pueden retirarse.»

—No ha debido usted expresarse así —dijo el oficial cuando los somatenistas se fueron—; pero, en fin, por esta vez pase; puede usted retirarse.

El doctor miró al oficial, y no sabía si tenderle o no la mano. El oficial, viendo su actitud, sonrió diciendo:

—Hay muchas cosas que no se pueden decir, aunque se sientan.

Durante la noche no se podía transitar por las calles sin un

permiso especial. Todos los vecinos tenían que recogerse antes de las diez, so pena de pagar una multa de doscientas pesetas.

Al tercer día de huelga, la policía detuvo a los obreros de una imprenta que confeccionaban una hoja clandestina en la que se aconsejaba a los obreros que mantuvieran su actitud a toda costa.

Como la cárcel estaba llena, los detenidos quedaron en los calabozos de la Delegación de Policía de Atarazanas.

Juan Antonio se libró por un milagro; él era uno de los tipógrafos que confeccionaban la mencionada hoja. Cuando entró la policía, él se hallaba en un pequeño patio interior, donde se almacenaban los papeles viejos, y se escondió entre un montón de maculaturas.

Los policías entraron allí, pero no hicieron más que dar un vistazo; no se les ocurrió remover aquel montón de papeles.

Cuando salían del patio, Juan Antonio echó mano a la pistola y apuntó a ellos, pero se contuvo en el momento en que iba a disparar.

—Mataré a estos dos, pero tendré que entregarme o morir, porque no hay por aquí huida posible.

Permaneció en el patio, y cuando la imprenta volvió a quedar en silencio, entró en el taller, viendo que todo

estaba allí en desorden. Habían volcado los chibaletes, y la letra hallábase esparcida por el suelo.

—¡Qué canallas! —murmuró contemplando aquello—, han empastelado todo el material; ya saben lo que se hacen.

La imprenta tenía una puerta que comunicaba con la escalera de la casa, y por allí salió, forzando la cerradura con una llave de la máquina.

La portera, a quien despertó la policía, al entrar estuvo a punto de lanzar un grito al ver ante ella a Juan Antonio.

—¿Pero cómo no le han detenido a usted? —dijo reconociéndole.

—Son muy torpes.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Pues muy sencillo, marcharme.

—Es que si le ven por la calle le detendrán; a usted desearán echarle mano más que a otros.

Juan Antonio salió a la calle por la puerta de la casa; cruzó la ronda y fue a reunirse con algunos compañeros que estaban en el Berlín Bar esperando la hoja que no habían podido imprimir.

XI. MUERTE DE JUAN ANTONIO

Al amanecer salió Juan Antonio del bar acompañado por el viejo Luna. Echaron hacia la derecha, siguiendo por la ronda hasta el Paralelo.

Era una mañana fresca y luminosa. En sus rostros, congestionados por el ambiente espeso y cálido de la taberna, producía una deliciosa sensación la brisa ligera que venía del mar; era un aire puro y refrigerante.

Juan Antonio respiraba con ansia aquel aire que tanto necesitaban sus gastados pulmones y miraba extasiado el cielo azul, sin una nube, limpio y espléndido.

Al llegar a la esquina se detuvieron un momento; luego cruzaron la ronda para entrar en la brecha de San Pablo.

El viejo Luna iba como aletargado; había bebido mucho y necesitaba dormir.

—Vete a casa —le dijo Juan Antonio—; estás hecho una cuba.

—No lo creas —replicó Luna—, tengo sueño, pero no estoy borracho; hace cuarenta y ocho horas que no duermo. Además, esto, como ves, está perdido —sus palabras tenían un tono de amarga desesperación.

—Yo no creí nunca que se hiciera más de lo que se ha hecho; nosotros hemos cumplido con nuestro deber.

—Es verdad —murmuró Luna—: nosotros hemos hecho todo cuanto podíamos; pero no me negarás que yo tenía razón: con esa gente no se puede ir a ninguna parte...

—No hablemos más de eso; ya hemos discutido bastante; vete a dormir y luego, cuando te levantes, si quieres verme, ya sabes que estoy en la calle de la Cadena o la de San Rafael.

—¿Pero es que vais a continuar aún?

—No sé... Ya veremos... Adiós.

Luna dio media vuelta y echó a andar, sin decir una palabra, hacia la calle de San Pablo. Juan Antonio se quedó parado en la esquina de la ronda. No sabía qué hacer; estaba fatigado y, sin embargo, no se sentía en disposición de irse a dormir.

Hirieron sus oídos cinco disparos consecutivos que partían de la calle de San Pablo.

Juan Antonio miró hacia el lugar de donde habían partido las detonaciones. Entonces vio que un hombre que iba andando por la acera, junto a la tapia que rodea el solar contiguo a la iglesia, se apartaba de su camino dando traspiés y caía de bruces en medio de la calle.

—Esos tiros estaban esperándome a mí —pensó Juan Antonio—; ése era mi camino; ahora tendré que cambiar el rumbo, porque no quiero morir a esta hora; necesito respirar este aircillo fresco, que me sienta muy bien.

Cruzó la calle, y al cruzarla sonaron otros tres disparos. Juan Antonio continuó andando tranquilamente, sin inmutarse, con absoluta serenidad.

—Tienen muy mala puntería —dijo siguiendo en la misma dirección.

Al llegar frente al Pay-Pay se detuvo otra vez un momento y luego entró en la calle de Carretas.

Allí encontró a varios compañeros que se acercaron a él, agobiándole con sus preguntas.

—Dicen que hay cuarenta y cinco compañeros encerrados en el castillo de Montjuich. ¿Que sabes tú de eso?

–También nos han dicho que en el cuartel de Atarazanas hay muchos detenidos y que piensan fusilarlos a todos al amanecer...

–Los republicanos nos han hecho traición; no han salido a la calle como dijeron.

–También nos han traicionado los catalanistas.

–Son unos miserables...

–Unos canallas...

–Unos cobardes...

–Estamos solos y pagaremos las consecuencias de nuestra estupidez...

–Bueno, todo eso está bien –dijo Juan Antonio–; pero a mí me basta con haber cumplido con mi deber y a vosotros os debe bastar con eso también.

Al extremo de la calle apareció una camilla de la Cruz Roja.

–¡Una camilla! –gritó uno.

–Si no vienen soldados acompañándola, dejadla pasar. Cuando la camilla llegó adonde estaba el grupo, uno se adelantó.

–¡A ver! ¡Alto!

Los camilleros se detuvieron.

—Está muerto —dijo uno de ellos.

—Queremos verle.

El cadáver fue descubierto. Era un hombre viejo, vestido pobemente; por su indumentaria parecía más bien un mendigo que un trabajador.

—A este pobre hombre —dijo Juan Antonio— lo han matado hace un momento, junto a la tapia de la iglesia; yo lo he visto caer. También han disparado contra mí.

—¿Desde dónde?

—No sé; los tiros salían de la calle de San Pablo; pero no he visto a los que disparaban.

Juan Antonio se despidió del grupo y siguió andando; torció por una travesía a la derecha para llegar a la calle de San Jerónimo; allí saludó a otro grupo de compañeros y continuó su camino hasta llegar a la calle de San Rafael. Al volver la esquina oyó una voz conocida que le decía:

—No pases, no pases, que te van a matar.

Juan Antonio se detuvo. A poca distancia del lugar donde se hallaba, en la misma acera, vio tendidos tres hombres y una mujer. Sus compañeros, situados en la esquina de la

calle de la Riereta, continuaban haciéndole señas para que no avanzase.

Los disparos partían de una casa situada en aquella misma calle.

«¡Qué extraño es esto! —pensó Juan Antonio—. ¿Quién puede disparar desde esa casa contra nosotros?» Pensando esto, le invadió un terror súbito, inexplicable; sintió un estremecimiento singular, como si se paralizasen en aquel instante los latidos de su corazón.

Luego se rehízo, recobrando la serenidad.

—Será alguno del somatén que se ha vuelto loco y quiere morir a nuestras manos.

Pasaron algunos instantes.

—Vamos a registrar esa casa —dijo un compañero. Entonces Juan Antonio avanzó, con intención de unirse a ellos. Sonó un nuevo disparo que hizo blanco en él.

Juan Antonio cayó de espaldas en mitad de la calle. Sus compañeros se acercaron a socorrerle; pero era inútil; el proyectil le había destrozado el corazón.



ACERCA DEL AUTOR

SALVADOR SEGUÍ I RUBINAT. Noi del sucre. Lérida, 23.IX.1887 – Barcelona, 10.III.1923. Militante y dirigente obrero de la Confederación Nacional del Trabajo, (CNT).

Era hijo único de un matrimonio de trabajadores asalariados que se asentaron en 1888 o 1889 en Barcelona, donde el padre continuó su oficio de panadero, que Salvador comenzó a ejercer también desde los diez años. Poco después, pasó a ser pintor de brocha gorda, cambiando de maestro frecuentemente por desavenencias

con ellos. En los talleres donde trabajó llegaron a sus manos escritos de tendencia anarquista. A los doce años tomó la palabra públicamente en la sociedad de pintores a la cual se había afiliado y a los catorce o quince intervenía ya en los mítines sindicales. Según su biógrafo Manuel Cruells, Seguí completó su formación autodidacta en el modesto gabinete de lectura de su sociedad de oficio, en la Biblioteca Arús creada en marzo de 1895, en la Universidad y en el Ateneu Enciclopèdic Popular, fundado en 1902. También solía participar en discusiones en la taberna donde se reunía un grupo informal de muchachos y en las tertulias del Café Español, debatiendo sobre los pensadores revolucionarios, discutiendo dialécticamente y adquiriendo así las dotes oratorias tantas veces lucidas posteriormente en las asambleas obreras. Participó, asimismo, en las actividades del Centro de Estudios Sociales, nombre que los ácratas daban a las asociaciones culturales obreras que iban creando por doquier. El carácter ecléctico de estas lecturas y conversaciones explican, que su ideología, como la de otros muchos militantes, no fuera excesivamente dogmática, sino más bien pragmática y “posibilista”, lo que le reprocharon a veces los anarquistas más doctrinarios.

Pronto se dio a conocer con el apodo de Noi del sucre, sobre cuyo origen existen distintas versiones. Lo que sí es cierto es que él lo asumió desde muy joven y lo utilizó como seudónimo frecuente para firmar artículos.

Pronto empezó Seguí a aparecer donde había conflictividad social (siendo detenido unas horas con ocasión de la huelga de los metalúrgicos de 1902), participando en mítines y escribiendo en la prensa obrera. Era aquella una época en la cual se estaba reorganizando el movimiento sindical libertario tanto barcelonés como nacional, tras el eclipse de la década iniciada por los sucesos de Jerez de la Frontera (1892) y marcada por el anarcoterrorismo.

En marzo de 1907, se abrió el juicio contra Joan Rull, acusado de aprovechar su condición de confidente del gobernador civil para cobrar dinero oficial a cambio de evitar la explosión de bombas que en realidad él colocaba. En un contexto de rivalidad entre lerrouxistas y anarquistas por el control del proletariado barcelonés, los primeros delataron a Seguí como cómplice de Rull para desbaratar el crédito que empezaba a tener entre los trabajadores. Durante un mitin del Partido Radical intervino para protestar de su buena fe, suscitando una pelea que acabó con la muerte de un lerrouxista, cuando el tiro iba dirigido al Noi. Acusado del crimen aun cuando no iba armado, quedó encarcelado durante nueve meses, juzgado y absuelto. Lo ocurrido incrementó el odio que le tenían los seguidores del Emperador del Paralelo, al mismo tiempo que alejaron del Partido Radical a no pocos obreros catalanes, en bien de la Solidaridad Obrera, organización anarcosindicalista de ámbito barcelonés (1907) y luego

regional (1908), convertida en 1910 en CNT. Durante la Semana Trágica de julio de 1909, se le vio en alguna que otra barricada y tuvo que esconderse para evitar la cárcel. El dirigente cenetista Manuel Buenacasa, que lo conoció por aquellas fechas, le recordó así más tarde: “Alto, robusto y fuerte como un roble, muy simpático y franco, imponía admiración y respeto a todos los que le trataban. Sólo algunos pigmeos, ambiciosos o envidiosos, hablaban mal de él”.

Seguí formó parte de la nueva generación de militantes que se dedicó a construir una organización sindical potente y reivindicativa capaz de enfrentarse con la patronal, antes que imitar la violencia individualista y el utopismo intransigente. Por eso se opuso a figuras como José Negre, primer secretario general de una CNT condenada, tras su ilegalización por el gobierno, a entrar inmediatamente en la clandestinidad (1910- 1914). Seguí, cuya actividad durante estos casi cinco años se desconoce, fue nombrado, en enero de 1915, presidente de la Federación del importante ramo de la construcción de Barcelona, coordinó la breve y exitosa huelga de este sindicato en agosto y recorrió Cataluña para organizar a los trabajadores. Simultáneamente ocupó el cargo de secretario del Ateneu Sindicalista barcelonés, donde se formaba a los dirigentes anarcosindicalistas.

La celebración de un Congreso internacional de la Paz (Ferrol, mayo de 1915) tuvo como logro esencial la

reorganización de la CNT (quince mil afiliados), en una fase de auge de la rival Unión General de Trabajadores (UGT), que contaba por entonces con cien mil afiliados. Seguí se mostró entonces partidario (con Lacort y Pestaña) de llegar a un pacto de unidad de acción con el sindicato socialista, firmado en julio de 1916, encabezando la campaña preparatoria de una huelga general de veinticuatro horas contra la carestía de la vida. Ésta se produjo efectivamente el 18 de diciembre, pero tuvo resultados concretos nulos a pesar de una multitudinaria y pacífica movilización de los huelguistas. Los diputados se negaron a aprobar una ley que hubiera gravado los inmensos beneficios acumulados por la industria gracias a la Guerra Mundial.

Seguí abogó por la huelga general de agosto de 1917, pero tanto los contactos preparatorios con la UGT como el doloroso fracaso, le valieron censuras de parte de los anarquistas reacios a una alianza con socialistas y republicanos para cambiar el régimen. Sin embargo, la derrota convenció a numerosos trabajadores de la necesidad de consolidar la CNT, cuyo congreso de 1918 adoptó el sindicato único de ramo, considerado como arma más eficaz del combate contra la patronal industrial.

En el mitin de clausura Seguí declaró: “La trascendencia del Congreso radica en que nos da la posibilidad de llevar a nuestras organizaciones al *máximo* de su potencia. [...] Cuando termine la guerra, cuando las cuestiones se

resuelvan más bien por los dictados de la pasión que por los consejos del cerebro, si no representamos una fuerza inmensa, si no somos una agrupación potentísima por nuestra cohesión y por nuestra capacidad, seremos juguetes de la burguesía”.

Al año siguiente se reanudó en efecto la conflictividad.

Como miembro del comité de la Regional Catalana, tuvo un papel decisivo en la huelga que afectó a la Compañía de Fuerza e Irrigación del Ebro (popularmente conocida como “La Canadiense”), que abastecía de electricidad a hogares y fábricas de la Ciudad Condal. Mes y medio duró la primera etapa de aquella prueba de fuerza de todo el proletariado barcelonés organizado contra la patronal, estando en juego la supervivencia y la credibilidad del anarcosindicalismo.

Seguí recomendó y consiguió la vuelta al trabajo tras el casi total triunfo de los huelguistas, pero el extremismo de los elementos más radicales de la CNT provocó la reanudación del conflicto y todo se echó a perder, cuando se declaró el estado de guerra y se clausuraron los sindicatos. Unos sectores de la patronal se radicalizaron y despidieron, a modo de castigo, un sinnúmero de trabajadores. Seguí se mantenía partidario de que los sindicatos se capacitasen para poder “asegurar la producción y distribución de los productos en la sociedad futura”, como lo había escrito en 1916. El fracaso del movimiento espartaquista en Alemania y el rumbo tomado

por la revolución bolchevique en Rusia le confirmaron que era prematuro cualquier movimiento insurreccional en España. Y para ampliar la base confederal y sondear a los socialistas, se trasladó a Madrid con Pestaña, reiterando estas convicciones sobre el particular en la Casa del Pueblo, en la prensa y en el congreso confederal de Madrid (diciembre de 1919). En ese comicio, Seguí declaró que a causa de “una manifiesta incapacidad, una falta de preparación para la práctica del hecho o de la validación del sentido socialista en la producción”, se había instaurado “una tiranía en Rusia”, llegando sin embargo a concluir: “Somos partidarios, no en teoría porque somos contrarios, pero por necesidad de la realidad, somos partidarios de entrar en la Tercera Internacional, [...] porque eso avalará nuestra conducta en la llamada que la Confederación Nacional de Trabajo en España hará a las organizaciones sindicales del mundo para constituir la verdadera, la única, la genuina Internacional de los trabajadores”.

Persistía el antagonismo entre anarquistas y sindicalistas como Seguí, a quien los primeros le reprochaban, profiriendo hasta amenazas de muerte, no encaminar a los sindicatos por la senda de la revolución, mientras unos elementos incontrolados optaban por el atentado individual contra los patronos, táctica desaprobada por Seguí. Éste se mantenía favorable a la conciliación mixta (otoño 1919), si bien la mayoría de la Federación Patronal había acordado oponerse a cualquier pacto, recurriendo al despido

colectivo y al contraterrorismo con el fin de destrozar la Confederación Regional del Trabajo, (CRT).

En enero de 1920 Seguí fue blanco de un intento de asesinato, cuyo origen —patronal o anarquista— no quedó esclarecido. A pesar de las advertencias de Seguí y Pestaña contra una réplica terrorista al acoso patronal, policíaco y militar (enero de 1920), los sindicalistas no consiguieron evitar la oleada de atentados, ni el ascendente creciente —incluso económico— de los anarquistas más radicales sobre los sindicatos, ni tampoco la aparición de los Sindicatos Libres. El número de víctimas de los atentados sociales, que había sido en la provincia de Barcelona de treinta y seis en 1916 y treinta y dos en 1917, ascendió a doscientos noventa y dos en 1920.

En septiembre de 1920 Seguí se trasladó a Madrid con otros dirigentes de la CNT para firmar un nuevo y efímero pacto de alianza con la UGT, que también suscitó la crítica del sector anarquista más intransigente.

Dos meses después, el gobernador civil, general Martínez Anido, pasaba a la ofensiva, deteniendo decenas de dirigentes sindicalistas, entre ellos a Salvador Seguí, que volvía de una intensa gira de propaganda por Levante y Andalucía, adonde había ido para respaldar una huelga de los mineros de Río Tinto. Desde la cárcel, éste respaldó el proyecto de candidatura socialista, sindicalista e izquierda republicana catalanista, ideado por Layret. Proyecto

frustrado por el asesinato de este abogado y la deportación de Seguí y otros dirigentes a una fortaleza de la isla de Mahón, donde él quedó recluido hasta la primavera de 1922.

En el entretanto la CRT permaneció prácticamente paralizada, y acorralada la CNT por causa de la represión, mientras continuaba el sangriento ciclo de las represalias y se aplicaba la Ley de Fugas (trescientas once víctimas en 1921, sesenta y una en 1922 y ciento diecisiete en 1923 en la provincia). Desde Mahón Seguí reiteró que “[l]a misión de los anarquistas está en los Sindicatos para velar por la vida de éstos y orientarlos. No desamparando la acción sindical, más influencia, ejercerán; más libertarias serán las organizaciones; antes precipitarán el advenimiento de la nueva sociedad. Los anarquistas deben hacer práctica de la concepción anarquista dentro de los Sindicatos.

El apartamiento de los anarquistas de las agrupaciones profesionales es un suicidio. Todo debe y puede hacerse en los Sindicatos” (diciembre, 1920).

Tras este exilio insular, Seguí fue a Madrid para mantener conversaciones con varias personalidades políticas, dando su apoyo a un proyecto de gobierno liberal susceptible de normalizar la situación sindical, siendo de nuevo censurado por los grupos anarquistas más radicales.

En junio de 1922 una conferencia nacional cenicista zanjó

la cuestión de la adhesión a la Internacional Comunista tras haber oído, entre otros, el informe de Pestaña sobre su viaje a Moscú. De hecho, la CNT se retiró de la Internacional Comunista, adhiriéndose a la nueva Internacional Anarcosindicalista (AIT) fundada en Berlín en julio. Seguí aprobó estas decisiones y, con tres compañeros, propuso además que la conferencia afirmara la vocación “total y absolutamente política” de la CNT, suscitando nuevos ataques de parte de los grupos de acción anarquistas, aun cuando esto no significaba un giro hacia la participación en las elecciones, sino que los cenetistas debían “aportar soluciones [...] a todos y en todos los problemas morales, culturales, económicos, políticos y sociales” del país.

Pero la crisis final del régimen de la Restauración se iba acelerando y los militares no estaban dispuestos a tolerar ni el debate sobre las responsabilidades del desastre de Anual, ni el recrudecimiento de los atentados. En este contexto se produjo el asesinato de Salvador Seguí y su compañero Francesc Comas Pronas, probablemente como represalia a recientes asesinatos de miembros de los Sindicatos Libres. Desaparecía un dirigente que había encarnado la voluntad unitaria de un anarcosindicalismo de negociación sin perder de vista el objetivo revolucionario a largo plazo. En septiembre de 1923, se editó una novelita social suya, *Escuela de rebeldía. Historia de un sindicalista*, que, “utilizando algunos elementos autobiográficos responde — comenta J. Rafael Macau—, al esquema de ‘novela-

iniciación a la vida', de un joven sindicalista que acaba asesinado por los pistoleros de la patronal presumiblemente" (Macau, 1978: 27-60). Desde 1986 lleva su nombre una fundación de estudios libertarios, con sede en Madrid y centros en Barcelona, Valencia y Cádiz.

Bibliografía: *Escuela de rebeldía. Historia de un sindicalista*, ils. de M. Ramos, Madrid, Imp. Sucesores de Rivadeneira, 1923 (ed. en J. M. Huertas), *Salvador Seguí, "El noi del sucre"*. *Materials per a una biografía*, Barcelona, Laia, 1974; ed. en *Narraciones anarco-sindicalistas de los años veinte*, pról. de J. Rafael Macau, Barcelona, Icaria, 1978); *Escríts de Salvador Seguí*, ed. de I. Molas, Barcelona, Edicions 62, 1975; *Artículos madrileños de Salvador Seguí*, ed., e introd. de A. Elorza, Madrid, Edicusa, 1976; con A. Pestaña, *El sindicalismo en Cataluña: principios, medios y fines del sindicalismo comunista*, Buenos Aires, Union Chauffeurs, 1921 (reed. con el tít., *El terrorismo en Barcelona* seguido de *Principios, medios y fines del sindicalismo comunista. El sindicalismo en Cataluña*, Barcelona, Calamus, 1978). Bibl.: J. Viadiu, *Salvador Seguí ("Noy del Sucre"): el hombre y sus ideas*, Valencia, Tipografía P. Quiles, 1930; P. Foix, *Apòstols i mercaders: quaranta anys de lluita social a Catalunya*, México, Fundación Sara Llorens de Serra, 1957 (vers. aum., Barcelona, Nova Terra, 1976); J. M. Huertas, *Salvador Seguí, "El noi del sucre"*.

Materials per a una biografía, op. cit.; M. Cruells, *Salvador Seguí, El Noi del Sucre*, Esplugues de Llobregat (Barcelona), Ariel, 1974; G. Meaker, *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Barcelona, Ariel, 1978, págs. 111-125, 205-242, 321-322, 409-413, 423-434, 500-504, 565-570 y 590-591; J. R. Macau, “Prólogo”, a S. Seguí, *Narraciones anarco-sindicalistas de los años veinte*, op. cit., págs. 27-60; M. Artola (dir.), *Enciclopedia de Historia de España*, vol. IV, Madrid, Alianza, 1991, págs. 783-784; M. T. Martínez de Sas y P. Pagès i Blanch (coords.), *Diccionari biogràfic del moviment obrer als Països Catalans*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona y Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2000, págs. 1288- 1290; M. Iñiguez, *Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2001, págs. 564-565.

Gérard Brey